

un joven ébrio de imaginación y de amor. Había estudiado la economía política, ciencia de la riqueza de las naciones. V*** se ocupa de ella con más curiosidad que pasión. Los libros italianos, ingleses, franceses escritos hasta entonces sobre esta ciencia, cubrían sus mesas y sus estantes. Leímos juntos estos libros discutiendo sobre ellos, y escribiendo las reflexiones que nos sugería su lectura. Esta ciencia de la economía política que sentaba entonces, y que sienta ahora, más axiomas que verdades, y más problemas que que resuelve, tenía precisamente para nosotros un atractivo del misterio. Era además para nosotros un interminable texto de esas conversaciones sobre las que los labios que hacen trabajar á la inteligencia ocupan el fondo del alma, que permiten sentir la presencia del pensamiento secreto y el nuevo oculto en lo más recóndito del corazón. Era una especie de enigmas cuya solución se encuentra en el momento de tomarse un gran interés en acertar con la palabra.

Después de haber leído, de haber discutido y de haber tratado todo cuanto formaba entonces esta ciencia, me distinguí algunos principios teóricos, verdades que sentaba su esencia, dudosos en su aplicación, ambiciosos en su pretensión, de clasificarse en la escala de las verdades absolutas, vacías ó falsas muchas veces por una fórmula. Nada tenía yo que oponer á ellas, pero un instinto de evidencia no se halla sinceramente en el momento de fecho. Arrojé los libros á mis pies, y esperé que se formulara. Esta ciencia no estaba aún formulada. Ciencia que es esencialmente experimental, no tenía bastantes años de madurez para decir tanto. Después ha crecido, y me metiendo á los hombres de estado algunos deberes que aplicar prudentemente á las sociedades de las naciones, algunas manas, algunos recursos para el bienestar, y algunos lazos más de fraternidad que estrechar en las naciones.

XCVII

Alternaba yo estos difíciles estudios con otros que me había llamado siempre la atención desde el

estudio de la diplomacia, ó sea el de las mútuas relaciones de los gobiernos. Una casualidad me presentó en los manantiales de este estudio. Durante mi aplicación á la economía política; había escrito un folleto de un centenar de páginas sobre una cuestión que ocupaba entonces todos los ánimos. El título de este folleto era: *¿Qué lugar puede ocupar la nobleza en Francia bajo un gobierno constitucional?* Yo me ocupaba de esta cuestión delicadísima en aquel momento con el instinto del buen sentido que había recibido de la naturaleza, y con la imparcialidad de una alma independiente, que se eleva sin trabajo sobre las encumbradas vanidades, sobre las envidias rasgadas y sobre las preocupaciones de la época. Había en él del pueblo con amor, con inteligencia y con respeto de las instituciones, y con respeto de esa nobleza histórica cuyos nombres han sido largo tiempo el orgullo de la misma Francia, sobre los campos de batalla, en nuestras magistraturas y en el extranjero. Hablando de la supresión de privilegios, los quitaba á todos, excepto el de la memoria de los pueblos, que nunca se puede suprimir. Reclamaba unos privilegios selectivos, y demostraba que en un país libre no había otra nobleza que la que se conseguiría por elección, un perpetuo estímulo para el servicio del país, y una compensación temporal del mérito ó de la virtud de los ciudadanos.

XCVIII

Este folleto, á quien había prestado este manuscrito para interesarla en la mitad de mis trabajos como en mi vida, lo había dado á leer á un hombre digno de su reunión, de cuya opinión tenía el mayor concepto. Era este M. M***, digno hijo del gran hombre que fué mi miembro de la asamblea constituyente, que había sido por mucho tiempo secretario particular del emperador, y entonces realista constitucional: un hombre de esos talentos que nacen en toda su madurez,

y que mueren jóvenes, dejando un vacío innombrable en su tiempo.

M. M***, después de haber leído mi trabajo preguntó á Julia quién era el hombre político que había escrito aquellas páginas. Julia se sonrió, confesándome que aquella era la obra de un joven que no tenía nombre, ni experiencia, ni antecedentes en los negocios. M. M*** quiso verme para creerlo. Me presenté y me demostró una benevolencia que pronto se convirtió luego en una amistad, que no se interrumpió ni aun en el lecho de muerte. Yo no imité aquel trabajo; pero M. M*** me presentó á su hijo M. de Rayneval, talento luminoso, corazón generoso, inteligencia llena de gala y de atractivo, alma laboriosa y grave. Era entonces el alma de nuestros negocios en el extranjero, y ha muerto siendo un joven bajador en Madrid. M. de Rayneval, que había leído mi trabajo, me recibió en su casa con la gran cordialidad, con la afable sonrisa que suprime las distancias, y que atraen desde el primer momento el corazón de un joven. Era uno de esos hombres con quienes se goza aprendiendo, porque parecen enseñar dilata enseñando, y que dan la instrucción sin el orgullo de imponerla. Más aprendía la Europa en la conversación de algunos días con aquel hombre que en una biblioteca de diplomacia. Poseía el talento innato de las negociaciones. A él debo el haber conocido por esos grandes negocios que él manejaba con tanta facilidad y su importancia, pero sin parecer sentir su importancia. Todo era ligero para su fuerza; su facilidad de espíritu me daba una gran sensibilidad á los negocios. El fué quien despertó en mí el deseo de entrar en la carrera diplomática. Él me introdujo en la casa de M. de Hautefort, director de los archivos, autorizándole á enseñarme las notas y resúmenes de las negociaciones. M. de Hautefort, anciano encanecido sobre los despachos, era la tradición inmutable y el dogma viviente de la diplomacia. Con su elevada estatura, su voz, sus cabellos espesos y empolvados, sus cejas, que sombreaban unos ojos claros y penetrantes, parecíase á un siglo que hablaba. Me

como un padre, feliz con trasmitirme la herencia de las antiguas economías de ciencia; me hizo leer, me impulsó, trabajar y anotar á su vista y en su despacho. Dos veces á la semana iba á estudiar algunas páginas bajo su dirección. Venero el recuerdo de aquella rica y pródiga ancianidad, que se entregaba á un joven cuyo nombre no conocía aún. M. de Hautefort murió durante el combate de Julio Rayneval, y al estruendo del cañón, que desgarraba la fachada de la casa de Borbón y los tratados de 1815.

XCIX

Las ocupaciones solitarias que llenaban mis días. No deseaba más; aun la misma ambición de entrar en una carrera no era en el fondo sino la satisfacción de mi pobre madre, y el sentimiento de haber perdido su diamante sin darla una compensación, pensando en mi porvenir. Si en aquel momento me hubieran ofrecido una embajada para alejarme de París, y un palacio que cambiar por el rincón de mi casa, hubiera cerrado los ojos para no ver la tormenta, y los oídos para no escucharla. Era demasiado sensible en mi obscuridad con el rayo de luz, invisible para los demás, que iluminaba y abrasaba mi noche.

C

La felicidad amanecía al declinar el sol. Comía solamente solo en mi celda. Pan, un trozo de carne de vaca cocida, condimentada con perejil, y ensaladas, formaban mi comida habitual. Necesitaba más que agua para evitar el gasto que me ocasionado un poco de vino, tan necesario para correctivo al agua insípida, y muchas veces de París. Con una veintena de sueldos hacía el gasto de mi comida, y aun de esta participaba el

pobre animal que había adoptado. Después de haber me recostaba en la cama, cansado de la suya y del trabajo del día, abreviando de este modo largas horas de la noche, que me separaban del momento en que para mí empezaba verdaderamente el tiempo: horas que los jóvenes de mi empleo, como yo mismo lo había hecho antes de mi transformación, en los teatros, en los sitios públicos, y en los goces dispendiosos de una cap...

A las once me despertaba, y me vestía con la sencillez decorosa de un joven, cuya estatura, fisonomía y cabellos, rizados solo con el peine, favorecían poco. Un calzado siempre limpio, una camisa blanca, un traje enteramente negro, cepillado por sus propias manos, y brochado hasta el cuello como los discípulos de las escuelas de la edad media, una levita militar, recogida sobre el hombro izquierdo, conservando la levita de las salpicaduras de la calle, era el traje uniforme, sencillo y obscuro, que yo hacía para hacer traición á mi situación, no afectaba mi miseria, y me permitía pasar desde mi soledad al mundo, sin hacerme notar á los ojos de los transeúntes.

CI

Salía á pie, porque el precio de un carruaje hubiera costado un día de mi vida. Andaba sobre las aceras, evitaba en lo posible el pisar el empedrado de las calles, y andaba sobre la punta de los pies para preservar mi traje del lodo, que en el iluminado salón hubiera hecho traición á mi modesto modo de caminar. No me daba demasiada prisa, porque Julia recibía todas las noches á los amigos en su cuarto, ó en el salón. Siempre que era posible por esperar que se hubiesen marchado los visitantes para llamar á su puerta. Tenía esta precaución no sólo por evitar, las observaciones sobre la presencia de un joven desconocido en la casa de...

era joven y hermosa, sino, sobre todo, por no poderle impartir su mirada y sus palabras con las personas indiferentes con quienes ella se veía obligada á sostener conversación. Me parecía que cada uno de los que me robaba una parte de su presencia y de su atención. Verla, oirla, y no poseerla solo, era á veces tan cruel para mí que el dejarla de ver.

CII

Para entretener el tiempo recorría de un extremo á otro el puente del Sena, situado casi enfrente de la casa de Julia. ¡Cuántas monedas de cobre dejaba al pasar y repasar en la escudilla de hojadelata del portero, sentado, á causa de la nieve ó de la lluvia, sobre el parapeto del puentel ¡Yo rogaba para que la vibración, resonando en el corazón del desgraciado, llegase de allí en los oídos de Dios, obtuviese en cambio la marcha de algún importuno que retardaba mi tranquilidad, y la seguridad de una larga entrevista! Julia, que conocía mi repugnancia de encontrar personas extrañas en su casa, se había convenido con un amigo para avisarme, mediante una señal, de la llegada ó la entrada de las visitas en su habitación. Como en el salón había mucha gente, las dos hojas interiores de la estrecha ventana estaban cerradas; yo no veía más que la débil luz de las bujías filtrarse por entre las cortinas. Cuando no había más que una ó dos personas próximas á retirarse, estaba únicamente cerrada una de las hojas; en fin, cuando todos se habían marchado, las dos hojas de la ventana se abrían en par, así como también las cortinas, y desde la opuesta orilla del río podía distinguir la claridad de la lámpara colocada sobre la chimenea, desde la cual leía ó escribía en tanto que yo llegaba. Mis ojos no perdían nunca de vista aquella lejana claridad visible é inteligible sólo para mí en medio de la multitud de luces y de ventanas, de reverberaciones de tiendas, de carruajes, de cafés, y de fuegos

móviles é inmóviles, que iluminan de noche las fachadas y los horizontes de París.

Todas las demás luces desaparecían para mí, y no había más claridad sobre la tierra ni más estrellas que el firmamento que aquella pequeña ventana me mostraba, semejante á un ojo fijo sobre mí, para que yo me quedara en la sombra, y hacia la cual mis ojos, mi corazón, mi alma, estaban constante y únicamente dirigidos. ¡Oh poder incomprendible de esta naturaleza del hombre, que puede llenar los espacios de mil universos, y aun hallarlos demasiado estrechos, y que puede concentrarse en un solo punto luminoso que brilla á través de la niebla de un río, en medio del océano de las montañas, una ciudad inmensa, y hallar un infinito de sentimientos, de inteligencia y de amor en una sola única estrella, que casi no pudiera rivalizar con el gusano de luz de una noche del estío.

CIII

¡Cuántas veces se han agolpado á mi mente reflexiones cuando recorría embozado hasta aquel obscuro puente! ¡Y cuántas veces he llorado al mirar de lejos aquella luminosa claridad! «¡Dios mío, dirigid vuestro soplo sobre las claridades de la tierra: apagad todos esos gusanos del firmamento, pero dejad lucir solamente esa pequeña luz, estrella misteriosa y vida! ¡Y esa luz alumbrará lo bastante vuestros mundos, y bastará á mis ojos durante vuestra eternidad!»

¡Ay! luego he visto apagarse esa estrella divina; esa hoguera de mis ojos y de mi corazón; he visto las hojas de la ventana permanecer por años cerradas sobre la ténegra obscuridad de una habitación. Luego la ví volverse á abrir un año, y me he atrevido á mirar para saber si osaba vivir donde ella había vivido. ¡Posterior-

me presentó en aquella ventana, inundada de luz y adornada con flores, una joven desconocida, que se divertía y entretenía con un niño recién nacido, sin imaginarse de que se divertía sobre un sepulcro, que sus sonrisas se volvían lágrimas en los ojos, y que aquella vida era una preparación de la muerte!... Después he vuelto muchas veces durante la noche, y vuelvo aún todos los días para aproximarme con medrosos pasos á aquella naturaleza del hombre, que puede llenar los espacios de mil universos, y aun hallarlos demasiado estrechos, y que puede concentrarse en un solo punto luminoso que brilla á través de la niebla de un río, en medio del océano de las montañas, una ciudad inmensa, y hallar un infinito de sentimientos, de inteligencia y de amor en una sola única estrella, que casi no pudiera rivalizar con el gusano de luz de una noche del estío.

CIV

Me presentó al día siguiente de mi llegada un hombre que la servía de padre, y cuyos últimos pensamientos iluminaba ella con la irradiación de su alma, con la pureza y de su belleza. Me recibió éste como un segundo hijo. Había sido informado por ella de mi conocimiento en Saboya, de nuestro fraternal afecto, de nuestra diaria correspondencia, y del conocimiento de nuestras dos almas, revelado por la similitud de nuestra edad y de nuestros sentimientos. Canocía la pureza sobrenatural de unas almas que la naturaleza y la sociedad no nos prohibían en modo alguno. No tenía inquietud ni deseo por la felicidad, el honor y la vida de su mundo. Temía únicamente que ésta se hubiese devuelto ó engañar por esas primeras miradas, que algunas veces una revelación, y otras la iluminación de un alma joven, y que hubiese dado su corazón á un hombre creado únicamente por su imaginación. Mis cartas, de las que Julia le leía muchos

trozos, le habían tranquilizado algún tanto. Él podía únicamente decirle si mis sentimientos eran en aquellas cartas hijos de la naturaleza o del arte, porque el estilo puede mentir, pero nunca miente.

El anciano me examinó con la atención que me inquieta que se observa en una mirada que se fija en un momento. Pero á medida que me contaba me hablaba veía yo pintarse en aquella mirada una satisfacción interior, llenarse de confianza y confianza, y fijarse sobre mí con aquella seguridad y dulzura que forman el lenguaje mudo, pero el mejor lenguaje de una primera entrevista. El deseo de agradar al anciano, la timidez de un joven que pone la suerte de su vida en la opinión que van á formar de él; el temor de que la primera impresión me fuese contraria; la curiosidad de Julia que me turbaba, dándome varias ideas esas tintas de mi pensamiento, legibles en mi rostro de mi actitud y en el rubor de mis mejillas, me daban sin duda por mí mejor de lo que yo merecía haber hablado. El anciano me cogió las manos con un cariño paternal, y me dijo:—«Tranquilo, tranquilo, en esta casa, Julia no podía escoger un hijo mejor. ni yo hubiera escogido un mejor hijo. Yo he vivido tu vida, hasta las diez, hora en que un amigo me entraba todas las noches para darme un beso y ayudarme á bajar la escalera de su habitación».

CV

Aquella vejez era hermosa y llena de vida. Únicamente se podía desear la seguridad de la vejez. Aquella ancianidad, enteramente dulce y paternal, no ofendía la vista colocada sobre la joven. Sólo era un poco de la sombra que caía sobre una luz de la mañana. Pero con-

la sombra era protectora, y que lo abrigaba sin desfigurar nada de aquella juventud, de aquella inocencia y de aquella belleza.

Las acciones de aquel hombre eran regulares, las líneas correctas de los perfiles antiguos que el tiempo ha descarnado un poco sin modificarlas. Sus ojos azules tenían la mirada dulce, pero penetrante de una vista gastada, que ve á través de una membrana ligera. Su boca era dulce como la sonrisa que se abre á sus hijos. Los cabellos, de los que él se había robado una gran parte, tenían la finura y la suavidad de la primera pluma del cisne. Sus manos eran delgadas y blancas, como las manos de la estatua de Séneca, moribundo, descolorido de Paulina. Su rostro, descarnado y descolorido por los continuos trabajos mentales, no tenía carne, porque nunca había tenido carne. Algunas venas azules y escasas de sangre serpenteaban únicamente sobre sus sienas, enteramente planas. Su cerebro, ese órgano que los pensamientos trabajan y que se agota como la última belleza del hombre, resaca la lumbre de la chimenea. Sus mejillas tenían una delicadeza de cutis, esa transparencia de un cutis que ha envejecido al abrigo de las paredes, y que el viento y el sol nunca han alterado. Cutis de mujer que afemina en su ocaso la fisonomía de los hombres. El les dá un no sé qué de aéreo, de impalpable, de vaporoso, asemejándolo á una sombra que se desvanece. Un golpe demasiado fuerte amenazaría arrebatando palabras graves, reflexivas, incrustadas naturalmente en frases cortas, correctas, luminosas, con la exactitud de una boca acostumbrada á escribir dictando ó escribiendo la forma de los pensamientos. Interpolaba estas frases de pausas largas, para dar tiempo para penetrar en el oído, y ser escuchadas por la mente de los que le escuchaban. Hablaba con un gusto lleno de gracia, pero nunca con un gusto que imprimía en su conversación un endoso propósito para impedir que se hiciese pesada el peso continuo de las ideas.

CVI

Después de algunos días, aquel anciano era mi ídolo. Si debía llegar á envejecer, deseado envejecer como él. Sólo una cosa me al contemplarlo, y es que caminaba con un paso verdadero hacia la muerte, sin creer en la inmortalidad. Las ciencias naturales, á que se había entregado con mucha constancia, habían acostumbrado su espíritu á confiarse exclusivamente al juicio de los sentidos. Lo que no era palpable, no existía para él; lo que se hallaba sujeto á cálculo, no tenía á sus ojos el valor de certidumbre; la materia y las cifras ponían á su vista todo el universo; los fenómenos eran su Dios; los fenómenos, su revelación; la naturaleza, su Biblia y su Evangelio; su virtud, su tinte; sin advertir que los números, los fenómenos, la naturaleza y la virtud, no son otra cosa que signos alfabéticos escritos sobre el velo del templo. El sentido unánime es la Divinidad. Espíritus fuertes y ágiles, pero indóciles, que suben de una manera silenciosa de escalón en escalón, la escalera de la vida sin querer nunca franquear el último, que conduce hasta Dios.

CVII

En pocos días aquel segundo padre se me presentó á mi de tal manera, que quiso darme de comer cuando en su biblioteca lecciones de las ciencias que habían constituido su ilustración, y que yo disfrutaba aún sus delicias. Yo concurría á estas lecciones todas las mañanas, y era un espectáculo tierno y agradable el de aquel anciano sentado en medio de un monumento de los conocimientos humanos y de la filosofía, cuyas páginas habían ocupado su

abriendo los misterios de la naturaleza y del mundo, y poniéndome á un joven colocado delante de él y de mí. Entre tanto que una mujer joven y bella como la madre del poeta de Florencia, filósofa idealizante y amante de la sabiduría, hacía las veces del primer discípulo del anciano y de condiscípulo del joven. Ella se sentaba á los libros, hojeaba las páginas, señalaba los capítulos con su rosado dedo; giraba alrededor de las cosas, de los globos, de los instrumentos, de los aparatos, de los volúmenes, en aquel polo de la ciencia humana; asemejábase al alma de la naturaleza, que se desprendía de la materia para inflammarla y amar.

En pocos días aprendí y comprendí más que en los años de áridos y solitarios estudios. Las enfermedades frecuentes de la edad á que estaba sujeto el maestro, interrumpían muy á menudo estas lecciones matinales.

CVIII

Yo continuaba todas las noches asistiendo y leyendo algunas horas en la compañía de aquella mujer por sí sola el día y la noche, mi tiempo y mi vida. Como ya te llevo dicho, iba á estas entrevistas en el momento en que los importunos abandonaban su habitación. Algunas veces permanecía en un espacio de muchas horas sobre el puente ó sobre el balcón, andando y deteniéndome de tiempo en tiempo, y esperando en vano que las puertas interiores de la ventana se abrieran, para comunicarme la señal en que habíamos convenido. ¡Cuántas veces me arrastraba bajo los arcos de las galerías, entre los resplandores flotantes de la luna ó de las verberaciones de las ventanas de la ciudad, á perseguir las imágenes que se seguían en su carrera! ¡Cuántas horas de las horas marcadas por la campana de las iglesias vecinas ó lejanas he contado de este modo esperando su lentitud ó acusándolas de su precipitación! Yo conocía el timbre de esas lenguas metá-

licas de todas las torres de París. Había días de días desgraciados. Algunas veces subía sin haber perado un solo momento, no encontrando á su más que á su marido, que empleaba en conversaciones amenas y entretenidas las horas que le prestaban al sueño. Otras la veía únicamente al lado de uno ó dos amigos de la casa, que entraban un momento para enterarla de las noticias del día. Comulgaban á la amistad las primicias de la noche, y nada luego en los círculos políticos. Eran estos lo regular los oradores eminentes de las dos repúblicas: Suard, Bonald, Mounier, Reyneval, Lallouette y el tiempo. Si este sentimiento de superioridad en sí mismo es una insolencia para con la naturaleza y el tiempo, al menos es una ilusión que engrandece á la humanidad, y siempre vale que la ilusión que le rebaja. ¡Ay, demasiado pronto se la reduce á sus justas y tristes proporciones!

Estos hombres hacían al principio poco caso de la encarnación del gran ciudadano no tenía nada de M. Lainé hizo distinción de mí con algunas palabras y con algunas palabras de predilección. Este hombre adelantaba mi maestro. Si algún día había de una patria que servir y una tribuna que ocupar, recuerdo de su patriotismo y de su elocuencia presentaría ante mí como un modelo, que pretender imitar, pues igualar será imposible.

CIX

Estos hombres se sucedían alrededor de la mesa de labor. Julia estaba medio recostada en el sofá. Yo permanecía en un respetuoso silencio en el extremo de la habitación, lejos de ella, escuchando reflexionando, admirando ó desaprobando en silencio, desplegando pocas veces mis labios á merced de ser preguntado, y no mezclando sino pocas palabras tímidas, reservadas y á media voz en largas conversaciones. Teniendo íntimas convicciones he tenido siempre mucho temor de explicar

ante de los demás, y aquellos me parecían infinitamente superiores á mí en edad y en autoridad. El tiempo hacia el tiempo, el genio y el nombre forman parte de mi naturaleza. Un rayo de gloria me ofusca, un nombre blanco me impone. Un nombre ilustre me humilde voluntariamente. Mi valor real ha sufrido muchas veces por esta timidez, pero no por eso estoy arrepentido. Este sentimiento de la superioridad de los demás es bueno en la juventud y en todas las edades. El eleva lo ideal á que se aspira. La confianza en sí mismo es una insolencia para con la naturaleza y el tiempo. Si este sentimiento de superioridad en los demás es una ilusión, al menos es una ilusión que engrandece á la humanidad, y siempre vale que la ilusión que le rebaja. ¡Ay, demasiado pronto se la reduce á sus justas y tristes proporciones!

Estos hombres hacían al principio poco caso de Julia. Algunas veces los veía inclinarse hacia Julia y preguntarle al oído quién era aquel joven. Mi fisonomía pensativa, y la modesta inmovilidad de mi cabeza, parecían admirarlos y complacerlos. Insensiblemente se me acercaban, y dirigían hacia mí palabras, y con intención, algunas palabras benévolas. Julia era una garantía indirecta que me hacía tomar parte en la conversación. Pero siempre lo hacía con mayor economía de palabras, y manifestando mi reconocimiento, volviendo luego á escucharme en la oscuridad y en el silencio, temiendo prolongar la conversación dando pábulo á ella. Yo no los consideraba como el marco de un cuadro. El único interés que para mí era el rostro, la palabra y el alma de la Julia. Ellos me robaban con su presencia.

CX

¡Qué íntima alegría, y qué movimientos del corazón experimentaba cuando se despedían! ¡Cuando bajo la bóveda el ruido del carruaje que se lleva-

ba por fin el último de ellos. Entonces estábamos solos. La noche estaba ya muy avanzada. La seguridad de nuestras horas solitarias aumentaba á cada movimiento de la aguja los minutos que la iba aproximando á las doce sobre la esfera del reloj. Oíamos apenas algunos carruajes resbalar por intervalos sobre el empedrado, ó el ronquido del viejo portero que dormía sobre una banqueta del zaguán, colgada al pie de la escalera.

Al principio nos mirábamos sin hablarnos, como asombrados de nuestra felicidad. Me acercaba á la mesa, al lado de la cual trabaja Julia, á la luz de la lámpara, en alguna labor de señora. Escapábase de sus dedos distraídos; nuestras miradas se dilataban: nuestros labios se abrían, nuestros corazones desbordaban. Nuestras palabras, impulsadas como las olas contenidas por una abertura demasiado estrecha, dudaban escapar al principio, no derramaban sino gota á gota el torrente de nuestros pensamientos. No podíamos escoger con bastante prontitud entre la multitud de cosas que teníamos que decirnos las que teníamos más deseos de comunicar. A veces permanecíamos en un prolongado silencio á causa de la acumulación y del exceso de palabras que se amontonaban en nuestros corazones sin poder salir á hablarlos. Luego empezaban á salir con lentitud como las primeras gotas que se escapan de las nubes y las obligan á deshacerse y á estallar. Estas primeras palabras traían naturalmente otras en contestación. El sonido de la voz del uno arrancaba el sonido del otro, como un niño que se precipita arrastrado á otro en su caída. Nuestras palabras se confundían en un momento sin orden, sin respuesta y sin conciencia; ninguno de los dos quería ceder al otro la felicidad de adelantarle en la expresión de un sentimiento común. Cada uno creía haber experimentado el primero lo que explicaba de sus pensamientos desde la conversación de la víspera ó desde la mañana. Luego, este desbordamiento tumultuoso, de que acabábamos por avergonzarnos cuando se reírnos, se apaciguaba y daba lugar á una tranquila

expansión de nuestros labios, que reproducían junta y alternativamente la plenitud de sus sentimientos. Esto era un trasvasamiento continuo y bullicioso del alma del uno en la del otro; un cambio sin límites de nuestras naturalezas. Una conversación completa de ella en mí y de mí en ella, por la comunicación recíproca de todo cuanto vivía, sentía y pensaba dentro de nosotros. Nunca dos seres tan irreprehensibles en sus miradas, en sus pensamientos, pusieron más al descubierto sus corazones uno delante del otro, y se revelaron más inmaterialmente el fondo más misterioso de sus sentimientos. Esta inocente desnudez de nuestras almas permanecía casta, aun cuando descubierta. Era como la luz que ilumina todo sin mancharlo. Nada teníamos que revelarnos sino el amor sin mancha, que nos purificaba en su fuego. Este amor, por su misma pureza se renovaba sin cesar con las mismas lucideces del alma, los mismos enternecimientos de los ojos, y las mismas sensaciones virginales de los primeros tiempos. Todos los momentos eran como el primero. Todos los momentos eran semejantes á aquel inefable momento en que el amor siente insinuarse y reproducirse en el corazón y en las miradas de un otro yo; siempre flor; siempre perfume, porque el fruto no será jamás recogido.

CXI

Metamorfoseábase este amor y tomaba todas las formas infinitas, por medio de las cuales Dios ha permitido al alma comunicarse con otra alma á través de una transparente barrera de los sentidos. ¡Desde la mirada que contiene el todo de nosotros mismos en un rayo casi inmaterial, hasta los cerrados párpados que parecen concentrar en nosotros la imagen recíproca para impedir que se evapore; desde la languidez hasta el delirio; desde el suspiro hasta el grito; desde el prolongado silencio hasta las infinitas palabras que se escapan de los labios sin intervalo y sin fin, que cortan el aliento, que cansan la lengua, que se

pronuncian sin oírlas uno mismo, y que no tienen en el fondo otra significación que la de un esfuerzo impotente, para decir y expresar lo que nunca puede estar suficientemente expresado!...

CXII

Nosotros hablábamos así horas enteras, á media voz, con el codo apoyado sobre la mesa, teniendo el rostro al lado uno de otro, confundiéndose nuestras miradas, sin apercibirnos de que la conversación había prolongado más de lo que permite el espacio de una respiración, profundamente admirados de que los minutos hubiesen escapado con tanta celeridad como nuestras palabras, y de que el reloj hubiese sonado la hora inexorable de nuestra separación.

Tan pronto eran preguntas y respuestas sobre los más fugitivos matices de nuestras naturalezas y nuestros pensamientos, como diálogos á media voz que apenas podían oírse, alientos articulados que bien que palabras perceptibles. Confesiones de nuestros más íntimos secretos y de nuestros más secretos sonidos internos. Admiraciones y exclamaciones de felicidad al descubrirnos impresiones semejantes recíprocas del uno para el otro, reflejadas como luz en su reverberación, como el golpe en el clarín que. Ambos exclamábamos levantándonos con un petu simultáneo:—«¡Nosotros no somos dos! ¡Somos uno solo sér bajo dos naturalezas que se engañan! ¡Quién dirá *vos* al otro? ¡Quién podrá decir *yo*? ¡No hay ni *yo*, ni *vos*; únicamente existe el *nosotros*! Y volvíamos á caer subyugados por la admiración de aquella maravillosa conformidad, llorando de placer.

CXIII

Sucedía algunas veces que hablábamos de recuerdos y minuciosamente atentos á todos los lugares

á todas las circunstancias, á todas las horas que habían conducido ó señalado el principio de nuestro amor, semejantes al joven que ha dejado desengañar en su camino las perlas preciosas de su collar, y que vuelve paso á paso con los ojos bajos á deshacerse andando para encontrarlas y reunir las una á otra. No queríamos que se perdiese en nuestra memoria uno solo de esos sitios y de esas horas, temiendo perder con ellos la memoria y el goce avaro de una vida de nuestras felicidades. Las montañas de la Saboya; los valles de Chambery, las cascadas, los torrentes, el lago, los prados nebulosos obscurecidos por las sombras, ó matizados de reflejos diseminados por los prolongados brazos de los castaños; los rayos de luz filtrados entre el ramaje; el cielo entretejido por las hendiduras de la bóveda de follaje extendida sobre nuestras cabezas; la azulada extensión del agua y las blancas velas á nuestros pies; nuestras primeras entrevistas involuntarias en los senderos de la montaña; las conjeturas que formábamos uno de otro; los encuentros en el lago bogando en sentido contrario en nuestros barcos antes de conocernos; los negros cabellos agitados por el viento; mi indiferente actitud; el doble enigma que elevábamos perpetuamente uno delante del otro, y cuya solución debía ser para entrambos un amor eterno; desgracia el día fatal de la tempestad y de su desmayo; la noche pasada en oración y entre lágrimas delante de la muerte; el despertar en el cielo; la vuelta, en que nos rearchábamos reunidos por la calle de álamos á la luz de la luna, con su mano entre las mías; sus arroyos de lágrimas; las primeras palabras en que se habían escapado nuestras dos almas, la felicidad, la separación... ¡en fin, todo!

¡Más nos sentíamos cansados de recordar estos detalles. Era como si nos hubiésemos contado una historia que no hubiese sido la nuestra. ¿Pero qué importaba desde entonces en el universo fuera de nosotros mismos? ¡Oh inagotable curiosidad del amor; no eres una distracción pueril del momento, eres amor mismo que no puede cansarse de mirar lo

que admira, que no quiere dejar escapar una impresión, un cabello, una contracción, un estremecimiento, un rubor, una palidez, un suspiro del pecho amado para tener un motivo de amar aun más y de dar con cada uno de estos recuerdos nuevo alimento á esa hoguera de entusiasmo en que goza mismo de verse consumido!

CXIV

Algunas veces Julia lloraba de repente con una extraña tristeza. Estas lágrimas provenían de un condenado por aquella muerte siempre oculta constantemente presente á nuestros ojos á no tener delante de los míos más que ese fantasma de felicidad que se evaporaría en el momento en que quisiese estrecharle contra mi corazón. Oraba y se acordaba de haberme inspirado una pasión que jamás podría hacerme feliz.—«¡Oh! Yo quisiera morir pronto, morir joven y amada, me decía. Sí, morir, puesto que no puedo ser á la vez más el objeto y la ilusión amarga del amor y de la felicidad para contigo. ¡Tu delirio y tu suplicio me matan! ¡Esta es la más divina de las felicidades y la más cruel de los castigos confundidos en un mismo destino! ¡Ojalá que el amor me mate y que tú sobrevivas para amar según tu naturaleza y según tu corazón! ¡Yo sería menos desgraciada muriendo de lo que lo soy conociendo que vivo á expensas de tu dolor y que yo te consagro á la perpetua memoria de tu juventud y de tu felicidad!»

—«¡Oh, blasfemia contra la felicidad suprema! respondí yo colocando mi mano trémula delante de mis ojos para que las lágrimas cayesen sobre mí y no sobre los vuestros. ¡Qué idea tenéis del que Dios ha hallado para de encontraros, de comprenderos y de amaros! ¿hay por ventura más océanos de ternura y felicidad en esa lágrima ardiente que cae de vuestro corazón sobre mi mano, y que yo bebo como la gota de

del suplicio divino de nuestra alma, que en los milares de deseos cumplidos y de culpables felicidades en que se ahogan las vulgares relaciones que osáis para mí? ¿He deseado yo jamás otra cosa que el mutuo sufrimiento? ¿No hace él de nosotros dos víctimas voluntarias y puras? ¿No es este el eterno holocausto de amor que desde Eloísa hasta nosotros había sido nunca ofrecido en espectáculo á los ángeles? ¿He acusado una sola vez al destino, aun en el delirio de mis horas solitarias, por haberme separado por vos y para vos á mayor altura que el destino de los hombres? El me ha concedido amar en mí no una mujer que puede estrecharse y marcharse entre los brazos mortales, sino una encarnación impalpable y sagrada de la belleza inmaterial. ¿Por ventura el fuego celeste en que me abraso descomposadamente no consume en mí todo el carbón de los deseos vulgares, no me convierte enteramente en una llama? Y esta llama, ¿no es tan pura, tan blanca como los rasgos de vuestra alma, que son los que la han encendido y los que la alimentan eternamente por medio de vuestros ojos? ¡Ah, Julia! ¿no es de vos misma una idea más digna, y no lloráis por los sufrimientos á que creís condenarme? ¡Yo no sufro. Mi vida es un continuo desbordamiento de felicidad. Una plenitud de vos. Una paz. Un reposo, del que vos sois la idea fija. Me habéis dado una segunda naturaleza. ¡Yo sufrir! ¡Ah! Algunas veces quisiera sufrir para tener que ofrecer al destino alguna cosa en cambio de lo que él me ha concedido en vos, aunque no fuese más que el sentimiento de una privación, y la amargura de una pérdida. Porque sufrir por vos sería tal vez la única manera que pudiera añadir unas gotas más á la copa de felicidad de que me veo inundado. Sufrir de esta manera, ¿es padecer ó es gozar? No: vivir así es vivir.»

CXV

Después de estas conversaciones nos separó ella guardando, y yo llevando conmigo, como antes, hasta el siguiente día, la impresión de su mirada y el eco del último acento que me hizo hacernos vivir y esperar todo un día interminable.

Yo la veía abrir su ventana; después de atravesar el umbral de su puerta, y asomarse apoyada sobre los codos entre las flores, sobre la barra de hierro del balcón, seguirme así tan lejos como se lo permitía la niebla del Sena á lo largo del puente. Cada ocho ó diez pasos me volvía para enviarla mi mirada en mis miradas, y mis suspiros, que no podía abandonarla. Me parecía que mi sér se repartía en dos; mi pensamiento, el pensamiento para volver á habitar con ella, y que mi cuerpo solamente, como una máquina, volvía á tomar á pasos lentos la sombra de las calles desiertas el camino de la plaza de la fonda y me acostaba al momento.

CXVI

Así transcurrieron, sin otra ocupación que mis estudios y la de nuestras impresiones, los primeros meses del invierno, que ya tocaban á su término. Los primeros esplendores de la primavera dejaban ya percibir por encima de los techos sobre el cielo do y obscuro dédalo de las calles de París. Mi amigo V**, llamado por su madre, marchó, y me dejó solo en la pequeña habitación en que me había recibido durante su permanencia en París, y yo debía volver para el otoño. Había él pagado la habitación por un año. Ausente, me dejaba aún su paternal hospitalidad. Le vi marchar con dolor, pero no me quedaba nadie con quien poder hablar.

Mis sentimientos iban á gravitar sobre mi corazón con un peso tanto más grande, cuanto que no podía depositarlos en el corazón de otro. Pero era un peso de felicidad que aun podía aliviarme. Pronto llegó á ser un peso de dolor que á nadie podía confiar, y menos aun á la que amaba.

CXVII

mi madre me escribió diciéndome, que desgracias superadas en punto á intereses habían apurado á mi padre en tal extremo, que la casa paterna, otras cosas tan desahogada y tan hospitalaria, había llegado al extremo de tener mi padre que reducir mi habitación á una mitad para poder atender, y aun así trabajar, á la educación y á la manutención de mis hermanos. Era menester, me decía, que me esforzara para buscar un honroso modo de vivir independiente, ó que volviese á la casa paterna para vivir en el campo en una modesta y resignada medianía. La ternura de mi madre me consolaba de antemano de esta dolorosa necesidad. Presentaba á mis ojos la perspectiva graciosamente mezclada de los trabajos del campo, y de los sencillos placeres de la vida campestre. Por otro lado, recuerdo de los amigos de juego de mis primeros años desorden, reducidos á la miseria, habiéndome encontrado en París, me recordaron algunas pequeñas cosas que había contraído con ellos, rogándome que seudiese á su socorro. Poco á poco me despojaba la mayor parte del tesoro de economías que me había logrado reunir para sostenerme algún tiempo en París. Tocaba ya al fondo de mi pequeña fortuna cuando por fin pensé formalmente probar fortuna.

mañana, después de una violenta lucha entre la timidez y mi amor, venció este último. Oculé mi levita el pequeño manuscrito forrado de terciopelo. Este manuscrito contenía mis poesías, mi úl-

tima esperanza. Me encaminé, vacilando aún en la resolución, á la casa de un editor de mucha celebridad, cuyo nombre se halla asociado á la gloria de las letras y de la prensa francesa, M. D***. Este nombre fijó mi atención antes que ningún otro, por ser independiente de su celebridad como escritor, M. D*** era entonces un escritor de alta nota. Había publicado sus propios versos con el lujo, y dádoles toda la publicidad de que puede disponer un poeta que posee la voz de su propia fama. Llegado que hubo á la calle de Jacob, y á la puerta de su casa, puerta tapizada de glorias, me fue necesario un esfuerzo desesperado para atravesar los umbrales; otro aun más violento para llamar á la puerta de su despacho. Pero detrás de mí veía el rostro adorado de Julia que me animaba, y su mano me impulsaba. Por fin me decidí.

M. D***, hombre de edad madura; de una figura precisa y comercial, de palabras escasas y resonantes, como las de un hombre que cobra un precio de los minutos, me recibió con cortesía. Me preguntó qué tenía que mandarle. Por un momento estuve cortado. Luego me perdí en los giros de frases ambiguas en que se oculta un pensamiento que desea y teme llegar al fin que se propone. Finalmente, desabroché mi levita. Saqué mi pequeño volumen. Le presenté humildemente y con respeto á M. D***, diciéndole que había escrito aquellos versos; que dudaba hacerlos imprimir, pero que atraerme si no gloria, pues no tenía tan altas pretensiones, al menos la atención y la benevolencia de los jefes de la literatura; que la escasez de medios no me permitía subvenir á los gastos de impresión; que venía á presentarle mis trabajos para pedirle que los publicase, si, después de haberlos revisado, los juzgaba dignos de alguna indulgencia y de algún favor por parte de los hombres que consagran á la literatura.

M. D*** se sonrió con una ironía mezclada de bondad, meneando la cabeza; tomó el manuscrito entre sus manos, acostumbradas á manejar

los papeles; colocó mis versos sobre su mesa, y me emplazó para dentro de ocho días para darme una respuesta al objeto de mi visita. En seguida me despedí.

Aquellos ocho días me parecieron ocho siglos. Mi destino, mi fortuna, mi nombre; el consuelo ó la desesperación de mi pobre madre; mi amor, en fin, mi vida y mi muerte, estaban en manos de M. D***. Tan pronto me figuraba que leía aquellos versos con el mismo entusiasmo con que los había escrito sobre las montañas á al borde de los torrentes de mi país; que veía en ellos el rocío de mi vida; las lágrimas de mis ojos, la sangre ardiente de mis venas; que reunía á sus amigos literatos para leer la lectura de aquellos versos; y tan pronto me acordaba de haber expuesto á las miradas de un público conocido una producción tan poco digna de la publicidad; de haber descorrido el velo de mi debilidad y de mi escasez por una vana esperanza de subvenir, que se cambiaría en humillación sobre mi cabeza en vez de convertirse en alegría y en oro en mis manos. Sin embargo, la esperanza, tan obstinada como mi indigencia, se sobreponía á todo en mis pensamientos, y me condujo de hora en hora hasta la hora acordada por el editor.

CXVIII

El valor me abandonó al subir, pasado los ocho peldaños de la escalera de su casa. Permanecí mucho tiempo indeciso sobre la meseta de la escalera delante de la puerta sin atreverme á llamar. En aquel momento salió uno, dejando la puerta abierta. Fuéme imposible entrar. El rostro de M. D*** era inexpresivo y ambiguo, como el oráculo. Me hizo sentar, y busqué mi manuscrito, perdido en aquel cúmulo de papeles.—«He leído vuestros versos, me dijo. No carecéis de inspiración, pero sí de estudio. En nada se diferencia lo que se busca hoy día en nuestros poetas.

No se acierta á comprender de donde habéis tomado el lenguaje, las ideas, las imágenes de esas cosas, que no se pueden clasificar en ninguno de los géneros conocidos. Y es lástima, porque no carece de armonía. Renunciad á esas novedades que destruyeron el genio francés. Leed á nuestros maestros, Delille, Parny, Michaud, Raynouard, Luce, Lancival, Fontas, poetas queridos del público. Imitad á algunos de esos si queréis que os lean. Os daría un mal consejo impulsándoos á publicar un volumen, y os haría un desfavor publicándolo á vuestras expensas.» Diciéndome estas palabras, se levantó y me devolvió el manuscrito. Yo no procuraré revelar en mi destino; él hablaba por boca de aquel oráculo. Volví á colocar el manuscrito bajo mi levita, y me dio gracias de M. D***, escusándome del tiempo que me había hecho perder, y bajé trémulo y con los escalones húmedos los escalones de su casa.

¡Ah! ¡Si M. D***, hombre bueno, sensible, profesor de las letras, hubiese podido leer en el fondo de mi corazón, y comprender que no era la fortuna ni la gloria lo que iba á mendigar á su puerta aquella noche desconocido, sino que era la vida y el amor lo que yo le pedía, estoy convencido de que hubiera impreso mis trabajos! ¡El cielo al menos hubiera reembolsado de los sacrificios que para mí empleara!

CXIX

Entré desesperado en mi habitación. El perro y el gato se asustaron por la vez primera de las miradas de mi fisonomía y de la obstinación de mi silencio. Encendí la estufa, y en ella arrojé una hoja de la planta que me habías dado. — «Puesto que no sirve para proporcionarme un día de vida y de amor, exclamé desesperado, voy á quemar; ¿qué me importa que la inmortalidad de mi nombre se consuma contigo? ¡Mi inmortalidad no es la gloria, es el amor!»

aquella misma tarde salí de casa á eso de anoche y vendí el diamante de mi pobre madre. Le había conservado hasta entonces con la esperanza de encontrar su equivalente en valor por medio de mis esfuerzos y poder devolverlo intacto. Besé furtivamente con mis lágrimas aquel diamante al dejarlo en manos del lapidario. El mismo comerciante parecía conmovido, no pudiendo desconocer el diamante que yo experimentaba al entregárselo. Al contar treinta luíses que me entregó, mis manos se escaparon como si hubiese sido el premio de una profanación. ¡Oh! ¡cuántos diamantes de precio más exorbitante no hubiera yo dado desahogado para recuperar aquel diamante único para mí, que era una parte del corazón de mi madre, una de las últimas lágrimas de sus ojos, la luz de su amor!... ¿qué dedo habrá pasado aquella sortija!

CXX

Mientras esto sucedía había llegado la primavera, y las galerías cobijaban por la mañana á los ociosos en la verde sombra de las hojas y el embalsamado ambiente de los castaños. Desde lo alto de los cerros divisábanse, al otro lado del horizonte de París, de Chaillot y de Passy, las dilatadas líneas azules y verdes de las colinas de Fleury, de Saint-Cloud y de Saint-Denis. Estas colinas parecían como islas de soledad y de frescura de aquel desierto calizo, produciendo en mi corazón crueles sentimientos. Provenían estos de las imágenes, recuerdos y de las bellezas de la naturaleza que había olvidado durante seis meses. Por la noche una luna flotaba quebrando sus resplandores sobre las aguas del río. El astro soñador abría á la vista del cauce del Sena luminosas avenidas y perspectivas fantásticas, donde la vista iba á perderse en paisajes de vapor y de sombra. El alma seguía

involuntariamente á los ojos. Las fachadas de las tiendas, los balcones y las ventanas de las casas estaban cubiertos de tiestos de flores, esparciendo perfumes sobre los transeuntes. En los extremos de las calles y de los puentes, los vendedores de flores sentados detrás de un entapizado de plantas coloridas, agitaban los ramos de lilas, como para anunciar la ciudad. En la habitación de Julia, el hogar de la chimenea, transformado en gruta de flores, las consolas, las mesas, sostenían jarrones llenos de violetas, de azucenas, de rosas y de primaverales flores arrebatadas á sus campos. Sembradas en las golondrinas aturdidas que penetran dentro de una habitación, y que rozan las alas contra las paredes anunciando los días hermosos de Abril. El perfume de aquellas flores nos llegaba hasta el corazón. Nuestros pensamientos nos conducían naturalmente por la impresión de los olores y de las imágenes á aquella naturaleza, en cuyo seno habíamos nacido solos y tan dichosos. Habíamos olvidado la vida natural, en tanto que los días habían sido sombríos, el cielo triste, el horizonte nebuloso y cerrado en la pequeña habitación en que nosotros el otro éramos el universo entero, no pensando que existiese otro cielo, otro sol, otra naturaleza más allá de nosotros. Estos hermosos días, por entre los edificios de una inmensa ciudad, nos hacían recordarlos. Nos asustaban, nos atraían por un invencible instinto á contemplarlos, á respirarlos, á aspirarlos más de cerca en los alrededores de París. Parecíanos al abrigo aquellos días sencillos y formando aquellos proyectos de paseos por los bosques de Fontaineblau, de Meudon, de Saint-Germain ó de Versailles, que nos hacían á volver á encontrar nuestros bosques y nuestras aguas en los valles de los Alpes. Al menos nos hacían sentir el mismo sol y las mismas sombras; reconocíamos entre las ramas de los árboles los sonoros susurros de los mismos vientos.

CXXI

La primavera, que daba pureza al cielo y savia á las plantas, confundía en el corazón de Julia una virtud más palpitante y más completa. Los colores de sus mejillas eran más vivos; los rayos de sus ojos más azulados y más penetrantes; sus palabras tenían más emoción en su acento; su languidez más encanto; su modo de andar, más recuerdos de la juventud. Una fiebre de vida la agitaba aún en la inmovilidad de su habitación. Esta dulce fiebre abombaba las palabras sobre sus labios, imprimiendo el entusiasmo á sus pies. Por la noche recorría Julia las cortinas; á cada momento se apoyaba en el borde de la ventana para aspirar la frescura del agua, los vapores de luna, las bocanadas de aire vegetal que recorriendo el valle de Meudon, llegaban tibias hasta el umbral de las habitaciones.

—¡Oh; demos, le decía, algunos días de expansión á nuestras almas entre tantos días de felicidad! Nosotros, los más sensibles y reconocidos de todos los seres por quienes Dios reanima su tierra y sus cielos, no seamos los únicos para quienes los reanima en vano? ¡Rodeémonos de ese aire, de esa luz, de ese verdor, de ese ramaje, de ese océano de vegetación y de vida que inunda la tierra en estos momentos! Vamos á ver como las obras de la creación se han envejecido el espacio de un día, como no han envejecido nada, ni en una ola, ni en una nota, ese entusiasmo que cantaba, que gemía, que amaba y que gritaba dentro de nosotros sobre las montañas ó entre las aguas de la Saboya.

—¡Oh! sí, vamos, respondía ella; no podemos sentir nada más, no amaremos mejor que entonces, bendeciremos de otro modo; pero habremos hecho un testigo de la felicidad de dos pobres seres á un nuevo rincón de la tierra. El templo de nuestro amor que no existía sino sobre aquellas queridas

montañas, estará en todos los sitios en que yo he caminado y respirado contigo.»

CXXII

El buen anciano nos animaba hacia aquellos paseos por los hermosos campos de las cercanías de París. Tenía la esperanza, sostenida por los efectos, de que el aire vegetal, la influencia del sol y todo lo solidifica, y un moderado ejercicio al aire libre, afirmarían la enfermiza delicadeza de los nervios de Julia, y darían elasticidad á su corazón. Todos los días serenos, por espacio de cinco semanas desde el principio de la primavera, iba yo á buscarla la mañana. El carruaje en que subíamos iba enteramente cerrado para evitar las miradas y las observaciones indiscretas que conocidos y desconocidos podrían hacer al ver una joven tan encantadora con un hombre de mi edad. No me parecía á ella bastante para pasar por su hermano. Bajábamos el carruaje á la entrada de los bosques, al pie de las lomas, á las puertas de los jardines de las cercanías de París. Preferíamos en Fleury, en Meudón, en Satory, en Vincennes, las más largas y más solitarias calles de árboles tapizadas de yedra en flor que el casco de los caballos no había hollado nunca, á excepción de los días en que los reyes iban á caza. Allí no encontrábamos sino algunos niños ó algunas pobres mujeres que escarbaban la tierra con un cuchillo para recoger achicorias. A veces, tiempo en tiempo alguna cierva espantada se abalanzaba por entre las hojas, y atravesaba la calle de los árboles, hundiéndose, después de habernos mirado un momento, en la espesura de los bosques. Marchábamos en silencio, tan pronto el uno delante del otro como cogidos del brazo. Hablábamos del porvenir de la felicidad de poseer una sola de aquellas yeguas de tierra deshabitadas, con una pequeña cascada que guarda bajo una de aquellas viejas encinas. Pen-

bamos en alta voz. Cogíamos violetas y flores de todas clases, con las que formábamos jeroglíficos que mirábamos mutuamente. Conservados entre las ramas de eléboro, confiábamos á estas cartas de flores una mirada, un suspiro ó un deseo, reservándonos las palabras para cuando nos hubiésemos separado. Pero nos debían recordar perpetuamente lo que no queríamos dejar escapar á nuestra memoria de aquellas deliciosas conversaciones.

Estábamos á la sombra y á la orilla de aquellos bosques de árboles. Abríamos un libro, que procurábamos leer, pero que nunca pudimos llegar al fin de la primera página. Queríamos mejor leer en nosotros mismos las páginas inagotables de nuestras conversaciones. Iba á buscar leche y pan moreno á una cercana posesión, y comíamos sobre la yerba, dando á las hormigas el sobrante de leche y á los perros las migas del pan. Volvíamos al ponerse el sol en el tumultuoso océano de París, cuyo ruido y movimiento nos oprimía el corazón. Dejaba á Julia á la entrada de su casa, embriagada con el placer del día, y yo volvía lleno de felicidad á mi solitaria habitación, golpeando sus paredes para que me dieran luz, la naturaleza y el amor de que me privaban. Comía sin apetito. Leía sin comprender. Encendía mi lámpara y esperaba, contando las horas, que llegase el momento deseado para atreverse á volver á la puerta de Julia, y pedir á la señora la continuación de la entrevista del siguiente día.

CXXIII

En los días emprendimos los mismos paseos. Los troncos de los árboles están señalados con los signos que me los enseñaron en aquellas selvas con los signos que me los enseñaron para siempre! Estos árboles son aquellos que una sombra se sentó, al pie de los cuales asombradas oleadas de vida un rayo de sol ó una boca-